

TRIBUNA
INVITADAJAVIER
ORDÓÑEZ

LA GLOBALIZACIÓN ANTE EL COVID-19

TRAS LA CRISIS DEL 2008, SE INICIÓ lo que los economistas han llamado la desglobalización, caracterizada por una pérdida de confianza generalizada en las instituciones globales y un cuestionamiento abierto de las bondades del libre comercio internacional. El máximo exponente de esta postura ha sido precisamente la nación que más contribuyó a la creación del orden mundial que ahora se critica, los Estados Unidos. El America First (Estados Unidos primero) simboliza mejor que nada la muerte definitiva del multilateralismo y la vuelta, en mayor o menor medida, al proteccionismo y al aislacionismo. Esta tendencia, no de forma casual, ha ido en paralelo al desplazamiento del poder económico hacia Asia, cuyos países tampoco tienen demasiado interés en rescatar instituciones globales que consideran sirven a intereses distintos de los suyos y en las que están además infrarrepresentados. China, que en 2014 superó a Estados Unidos en PIB en paridad de poder de compra, algo que no sucedía desde 1872 cuando fue Estados Unidos quien superó a Inglaterra, tiene una cuota de voto en el Fondo Monetario Internacional del 6 %, frente a algo más del 16 % de Estados Unidos. El mundo unipolar que nació tras la caída del Muro de Berlín, ha dado paso así a un mundo multipolar, con una gobernanza desestructurada en la que el regionalismo ha sustituido al multilateralismo.

En este nuevo orden multipolar y de débil gobernanza, el año 2020 iba a marcar el nacimiento del siglo de Asia, con la consolidación de este continente como motor económico mundial, alcanzando un PIB superior al del resto del planeta considerado conjuntamente. Y, con ello, el inicio de una tercera fase de la globalización, o re-globalización, marcada por la consolidación de países emergentes como como potencias económicas (India, Brasil, Indonesia, México y Turquía, entre otros) y la máxima extensión de las cadenas de valor (Made in the World, fabricado en el Mundo), todo ello en el contexto de los que algunos economistas denominan la cuarta revolución industrial, definida por la completa digitalización de la economía, la inteligencia artificial y el big data. Sin embargo, la historia recordará el año 2020 no como el primero de una década de consolidación de las tendencias globales señaladas, sino por ser el año en que el mundo se detuvo como consecuencia de la COVID-19. Ya en 2011, la OCDE advertía en un informe de la inminencia de tres riesgos

globales, entre los que se encontraba, junto al cambio climático y los ciberataques, la ocurrencia de pandemias como consecuencia de la extrema movilidad de las personas y la concentración de la población en grandes ciudades.

La actual pandemia tendrá un fuerte impacto económico y, como consecuencia, un conjunto significativo de países tendrá contracciones del PIB de dos dígitos. La mayoría de organismos internacionales, así como gobiernos, coinciden en señalar que este shock, si bien duro, será temporal, lo que significa que sus efectos pasarán en un lapso más o menos breve de tiempo y, en alguna medida, se recuperará la normalidad. Por supuesto, habrá cierre de empresas y pérdida de empleo, pero en un contexto de shock temporal estas pérdidas se podrían acabar recuperando. Igualmente, la deuda de los gobiernos aumentará, pero con un coste de financiación extremadamente bajo podrán ser sostenibles. El carácter temporal que la actual crisis sanitaria tenga sobre la economía dependerá en gran medida de que se apliquen las lecciones aprendidas en la crisis financiera del 2008 y, en el caso de Europa, también de la crisis de deuda del 2010. Si bien el origen de la crisis actual y la del 2008 es completamente distinto, los mecanismos de transmisión y amplificación de la crisis siguen siendo los mismos (contracción de la demanda y de la actividad económica, tensiones en los mercados financieros internacionales, problemas de liquidez que se tornan en problemas de solvencia...). Esto explica que tanto gobiernos como bancos centrales hayan implementado masivos programas tanto fiscales como monetarios, la conocida como «gran bazooka», término que acuñó el Secretario del Tesoro Norteamericano Hank Paulson, para doblar esos mecanismos de transmisión.

Ahora bien, además de la incertidumbre sobre la ocurrencia de posibles rebotes, que supondrían la estocada final a muchos empleos y empresas, existen dos factores que pueden hacer que esta crisis tenga un carácter más persistente que temporal y que están ligados, como la propia pandemia, a la elevada interconexión global. En primer lugar, la crisis sanitaria no es una crisis de país, es una crisis global. Incluso aunque algunos países venzan la pandemia, a menos que las fronteras permanezcan cerradas por un prolongado espacio de tiempo, con el incalculable coste económico que ello supondría, la reinfección seguirá siendo una



amenaza. La crisis sanitaria no se resolverá completamente hasta que la pandemia se haya erradicado a nivel planetario. Los países emergentes, por no decir los países pobres, tienen elevados niveles de desigualdad, marginalidad y pobreza, con gran parte de la población con acceso muy limitado, si no inexistente, a servicios sanitarios. Vencer la crisis sanitaria se muestra una tarea muy difícil, la vacunación planetaria es simplemente imposible. Es más, estos países, por lo general, no pueden implementar los paquetes de estímulo monetario y fiscal necesarios para poder mitigar el impacto económico de la crisis; la fuerte caída del precio de las materias primas, de los que muchos son exportadores y suponen sus ingresos principales, o su elevado endeudamiento en dólares y el endurecimiento de las condiciones de financiación internacionales lo explica. La dificultad o incapacidad de doblar el binomio crisis sanitaria-crisis económica se traducirá en mayor exclusión y pobreza, retroalimentado un bucle de difícil solución. No hay mascarilla que pueda prevenir la vía de transmisión más letal de los virus, biológicos o económicos, la desigualdad.

En segundo lugar, la necesidad percibida de recortar las complejas cadenas de valor globales para hacerlas más resilientes y asegurarse la capacidad de producción doméstica en áreas que se consideran críticas

para el interés nacional, pueden acentuar no solo la búsqueda de soluciones particulares y no globales a la crisis, sino que puede ser la excusa perfecta que justificaría la vuelta al proteccionismo, al tiempo que los países reclamarán mayor control sobre sus fronteras para hacerlas menos permeables al tránsito de personas, acentuándose las tendencias proteccionistas y aislacionistas existentes antes de la pandemia. Un régimen abierto de libre comercio puede ser una condición necesaria, aunque no suficiente, para que haya crecimiento, pero lo que es seguro, es que un régimen altamente proteccionista es una condición necesaria y suficiente para un crecimiento lento, lo cual amplificaría los efectos económicos de la pandemia.

Los problemas y retos a los que se enfrenta un mundo altamente interdependiente e interconectado (cambio climático, migraciones, crimen organizada, terrorismo, pandemias...) son globales y requerirán de una gobernanza global que favorezca la cooperación entre países para su resolución. El intento de cada país dar una solución particular a un problema global, como es el caso de la actual pandemia, simplemente no va a funcionar. El tiempo dirá cuánto sufrimiento tendremos que soportar antes de colaborar.

Javier Ordóñez es es director del Instituto de Economía Internacional (IEI) de la UJI.